



## HISTORIAS EN LA CALLE: BALDOSAS DE LA MEMORIA Y LAS DEUDAS DE LA DEMOCRACIA <sup>1</sup>

*Stories on the street: tiles of memory and the debts of democracy*

**Diego Benegas Loyo**

Instituto Universitario Fundación Barceló

[benegas.loyo@gmail.com](mailto:benegas.loyo@gmail.com)

### Resumen:

Argentina ha recorrido un largo aunque sinuoso camino de institucionalización democrática desde la caída de la última dictadura militar (1976-1983). El debate sobre los crímenes del terrorismo de estado y la memoria de los desaparecidos han ocupado un lugar central en ese proceso. La reapertura de las causas por delitos de lesa humanidad a partir de 2005 señaló un viraje importante en la política estatal en derechos humanos. Las organizaciones del movimiento argentino de derechos humanos, otrora muy activas en las calles, pasaron a participar en estos juicios, en la investigación e instrucción, aunque también a colaborar con los gobiernos en distintos proyectos. Por ello, llama la atención que a tres décadas de institucionalización democrática, y justo en la época en que comienza este viraje en la política de derechos humanos, también tome la calle una práctica social referida a la memoria de los detenidos desaparecidos, víctimas de crímenes del terrorismo de estado. Desde 2006, algunas agrupaciones barriales de la Ciudad de Buenos Aires colocan “baldosas de la memoria”, en algunos lugares, algunas veredas de la ciudad. A partir de una investigación en curso que comprende relevamiento y registro, entrevistas y observación, analizo esta práctica para interrogar ciertas dimensiones que desbordan a la justicia estatal, y también para complejizar la mirada del fenómeno de la desaparición de personas, de su marca en el tejido social, y de la transmisión intergeneracional de experiencias y agencias. Utilizo esta práctica como una ventana que permita vislumbrar algunos aspectos inconclusos de nuestra democracia: a treinta años de democracia, la justicia y la memoria siguen siendo una demanda social que se expresa no sólo en palabras, sino también en concreto.

**Palabras clave:** desaparecidos, democracia, memoria, justicia

---

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este trabajo fue presentada y discutida en las XVIII Jornadas del ICALA, Río Cuarto, 4-5 Noviembre 2013.

**Abstract:**

Argentina has covered a long even if difficult road since the return of democracy after the last dictatorship (1976-1983). During these decades, the debate about the crimes of state terrorism and the memory of those disappeared by the dictatorship has occupied a central place in that process. The reopening of the trials for crimes against humanity after 2005 marked an important turn in the state policy in human rights. The organizations of the Argentine movement of human rights, once mainly present in the streets, channeled efforts and resources to participate in those trials, in different areas, but also to work with the government in different projects. Because of this it is interesting that after three decades of democratic institutionalization and right at the time of this turn in human rights policy, we find a new practice of memory that takes to the streets. Since 2006, some neighborhood organizations in Buenos Aires City are installing the “tiles of memory” in some places, some sidewalks of the city. Taking an ongoing research project that entails observation, archive and interviews, I analyze this practice to interrogate some dimensions that exceed state justice. This allows us to complicate our perspective on the phenomenon of disappearing of persons, on its mark in the social fabric, and on the intergenerational transmission of experiences and agency. I take this practice as a window that might allow us to see some unfinished aspects of our democracy: beginning the fourth democratic decade, justice and memory continue to be social grievances expressed not only in words but also in concrete.

**Keywords:** disappeared, genocide, memory, justice

Argentina ha recorrido un largo aunque sinuoso camino de institucionalización democrática desde la caída de la última dictadura militar (1976-1983). El debate sobre los crímenes del terrorismo de estado y la memoria de los desaparecidos ha ocupado un lugar central en ese proceso. La reapertura de las causas por delitos de lesa humanidad a partir de 2005 señaló un viraje importante en la política estatal en derechos humanos – un viraje en relación con la anterior política de “reconciliación nacional” que impulsó leyes e indultos de impunidad. Las organizaciones del movimiento argentino de derechos humanos cuyo lugar principal de actuación habían sido las calles, pasaron a dedicarse de lleno a participar en estos juicios, en la investigación e instrucción. También comenzaron a colaborar con los gobiernos, nacional, provinciales y locales en distintos proyectos institucionales, como la gestión de política pública y de monumentos, museos, y espacios de memoria. Por ello, llama la atención que a tres décadas de institucionalización democrática, y justo en la época en que comienza este viraje en la política estatal de derechos humanos, también tome la calle una práctica social referida a la memoria de los detenidos desaparecidos, víctimas de crímenes del terrorismo de estado.

Desde 2006, una serie de agrupaciones de distintos barrios de la Ciudad de Buenos Aires colocan “baldosas de la memoria”, en ciertos lugares, algunas veredas de la ciudad. Como una singular práctica política, las baldosas intervienen el espacio urbano y tienden a instalar un tema de discusión en la esfera pública. Señalan así uno de los asuntos pendientes de nuestra democracia, y así la muestran como un proyecto inconcluso.

Estamos llevando adelante una investigación que comprende un relevamiento y registro de estas baldosas, entrevistas a los actores, y observación participante de asambleas y reuniones, y también de momentos clave como los de la construcción de las baldosas, y los eventos de colocación.<sup>2</sup> En otro lugar analizo esta práctica en relación con su mecanismo afectivo, ya que estas instalaciones pueden ser calificadas como una práctica política que actúa por medio de una herramienta afectiva (Benegas Loyo 2014). La intervención que termina

---

<sup>2</sup> Se trata del proyecto “Trauma, catástrofe y red social”, con subsidio del Instituto Universitario de Ciencias de la Salud Fundación Barceló.

en la colocación de la baldosa sólo adquiere efectividad política por la capacidad que posee de producir un trabajo afectivo, y así podemos hablar de los aspectos afectivos de una práctica política.

En el presente texto analizo esta práctica interrogando por un lado, ciertas dimensiones que desbordan a la justicia estatal, y por otro, intentando complejizar la mirada sobre el fenómeno de la desaparición de personas, su marca en el tejido social, y la transmisión intergeneracional de experiencias y agencias. Para ello describo la práctica, sus actores y sus pasos, y avanzo una serie de hipótesis en relación con los efectos subjetivos y políticos de la desaparición de personas, que es el punto sobre el cual estas baldosas intentan incidir. De esta manera, me propongo utilizar esta praxis como una ventana que nos permita vislumbrar algunos aspectos inconclusos de nuestra democracia: a treinta años de democracia, la justicia y la memoria siguen siendo una demanda social que se expresa no sólo en palabras, sino también en concreto.

Estas baldosas de la memoria son una estrategia llevada adelante por una serie de organizaciones barriales articuladas en *Barrios por Memoria y Justicia*, una red de agrupaciones de distintos barrios, inicialmente de la ciudad de Buenos Aires, que comenzó un trabajo de investigación, movilización, y articulación con diferentes actores sociales y políticos y con la instalación sistemática de baldosas en 2006. A casi una década de esta práctica, sus modos se han desarrollado, y hoy, la instalación de las baldosas no es un evento singular, sino más bien un proceso de intervención social que se extiende en el tiempo. La tarea concreta de construir e instalar la baldosa ayuda a solidificarlo.

El trabajo de *Barrios x Memoria y Justicia* (así es como ellos lo escriben), comienza con una investigación sobre la vida y circunstancias de la desaparición de una persona que vivió o fue detenida o asesinada en el barrio. Continúa con la articulación con diferentes actores de la comunidad local y luego arriba a la construcción en grupo y posterior colocación de la baldosa, generalmente en una vereda o una plaza. La construcción también, pero ciertamente siempre la colocación, es un evento público, de una concurrencia más o menos numerosa, preparado en conjunto con familiares, vecinos, otras organizaciones, y a veces el Estado. En ocasiones, la gente de Barrios también ha vuelto al terreno, ya sea para reparar o recolocar una baldosa que algún accidente o trabajo urbano había dañado o bien para reinstalar una baldosa intencionalmente vandalizada y producir un nuevo evento en el mismo lugar. Estas organizaciones han publicado tres libros narrando, analizando, y reflexionando sobre su quehacer (Barrios 2010; 2011; 2014). La película *Calles de la memoria*, de Carmen Guarini (2013), describe y documenta este emprendimiento colectivo. Una historieta incluida en *Être là: avec Amnesty International*, de Christophe Dabitch, dibujada por Jorge González, también ilustra esta práctica y da cuenta del amplio y variado interés que ha suscitado.

La colocación de baldosas recordando a los desaparecidos por el terrorismo de estado ha generado fuertes controversias de muy distinta índole, dentro y fuera del movimiento de derechos humanos. Primero hay un conflicto por la interpretación de la identidad de los desaparecidos, principalmente con aquellos sectores que aún reivindican el genocidio, probablemente éste sea el origen de que algunas baldosas hayan sido intencionalmente dañadas (Barrios 2011). Luego también existe una discusión con aquellos sectores que sostienen la llamada “teoría de los dos demonios”, es decir, la explicación del terrorismo de estado como una contienda entre dos bandos equivalentes (Cf. Vezzetti 2002).

Más allá de estas disputas básicas, esta táctica es igualmente polémica al interior del movimiento de derechos humanos, donde del mismo modo se disputan los sentidos de la memoria de los desaparecidos. Por ejemplo, la Asociación Madres de Plaza de Mayo se ha pronunciado en contra de estos recordatorios en repetidas ocasiones, en algunos casos argumentando que de esta manera el nombre de los desaparecidos está expuesto a los ataques de los transeúntes (La Nación 2012). En realidad, esta organización se ha opuesto consistentemente a la singularización de los detenidos desaparecidos, sosteniendo la lucha por todos los desaparecidos en bloque. Esto es parte de un proceso que se ha llamado “socialización de la maternidad”, es decir, concebir a *todas* las integrantes de Madres de Plaza de Mayo como madres de *todos* los desaparecidos (Gorini 2008). Y, a contrario de esta propuesta, las baldosas singularizan.

Si bien esta crítica es en sí misma irreconciliable con el empeño de las baldosas de la memoria, es una opinión útil para nuestros fines ya que en su rechazo señala tres puntos que es importante atender: que las baldosas se constituyen en una pieza más de la ciudad material, ensuciable, rompible, atacable; que las baldosas localizan, especializan a los desaparecidos en un lugar puntual de la ciudad, así los hacen concretos; y que las baldosas singularizan la historia colectiva de la dictadura en vidas específicas, individuales. Aquí está el eje de su intervención: las baldosas escriben historias en la calle.

Fig. 1 - Baldosa Ateneo de la Juventud, Riobamba 165



### Plural y singular:

La praxis que llamamos *baldosa de la memoria* se compone de al menos tres puntos de intervención: el momento de la producción, el evento de colocación, y el objeto, la baldosa que permanece. El trabajo de Barrios x Memoria y Justicia comienza en las reuniones semanales en cada una de las agrupaciones. Allí, un grupo que en general no supera la docena de personas se reúne asiduamente. “Desde el 2006 que no hemos faltado ningún jueves, siempre va alguno” dice alguien de Barrios Almagro. A veces la demanda por la baldosa parte de los propios miembros del colectivo, aunque en ocasiones, familiares de algún desaparecido, o a veces miembros de alguna institución, se acercan a proponerles, pedirles o sugerirles algún nombre. Entonces se discute a quién correspondería, según la zona o la cercanía geográfica, quien quiere y tiene recursos para afrontar el proyecto, ya que hay algunos proyectos más grandes que otros.

Comienza entonces un trabajo de investigación; se trata de encontrar información sobre una determinada persona, especialmente precisiones geográficas, los lugares donde vivió, donde estudió, donde militaba, dónde la llevaron. Este trabajo reconstruye también la historia barrial, que se va tejiendo con cada nueva perso-

na. Esto es ya un trabajo de escritura, de reescritura, una narrativa que excava arqueológicamente las capas olvidadas aquellas historias que la represión intentó borrar. En paralelo, el grupo lleva adelante un trabajo de articulación con las personas a quien decida involucrar: vecinos, familiares, otras organizaciones interesadas, como agrupaciones políticas, y también vecinos actuales del lugar donde se podría colocar.

Así se llega al día de la construcción de la baldosa. Típicamente, se realizan en la calle, en algunos casos el grupo se traslada y puede ser construida en un colegio o en una plaza. El lugar de emplazamiento está relacionado con el texto de la baldosa. Algunas dicen “aquí fue secuestrado”, pero otras dicen “aquí estudiaron” o “aquí vivieron”. Una vez decidido el lugar, el acto de colocación constituye un evento.

Al igual que la producción, la colocación de la baldosa también convoca a distintos actores. El estado, ya sea nacional o local, autorizando la alteración del espacio público, aunque también bandas de música u otros artistas, y en casos de escuelas, las autoridades de los establecimientos. A veces, alguna agrupación política relacionada con la persona desaparecida o agrupaciones de derechos humanos han provisto ayuda material, humana, o al menos su adhesión para organizar estos eventos. Son eventos que traen a la memoria lo irresuelto del terrorismo estatal.

A treinta años de institucionalización republicana, la democracia es aún un proyecto inconcluso; las baldosas de la memoria muestran algunas de sus deudas. La primera en relación con la justicia. Aquí cabe una aclaración: los juicios por crímenes de lesa humanidad son un pilar de crucial importancia y merecen ser analizados en sí mismos. Sin embargo, también es de destacar que aquél proceso judicial mantiene relaciones muy variadas con esta práctica barrial. Estos juicios tienen una dimensión (en muchos sentidos de esta palabra) que rebasó con mucho las predicciones de todos. Los juicios están insumiendo más recursos de los disponibles, más esfuerzo del esperado, y a la vez están encontrando nuevos datos, prueba, y descubriendo hechos, responsables, e implicados mucho más allá de lo que se habría podido imaginar. Cada nuevo testimonio, cada testimonio repetido arroja nuevas líneas que es sorprendente encontrar a tres décadas de los hechos. Además de esto, estos procesos judiciales están produciendo una escritura simbólica en la historia del país y del mundo que nos llevará mucho tiempo comprender en su total dimensión.

La implicación del proceso de las baldosas es notable. Muchas de las personas involucradas en la confección de las baldosas también están involucradas en los juicios, asistiendo, declarando o simplemente apoyando el esfuerzo. Tal es así que algunas reuniones incluyen conversaciones que se constituyen en una especie de “parte diario” de los juicios por algún miembro de Barrios que esté asistiendo a las audiencias. Teniendo en cuenta que muchos compañeros testifican en los juicios por delitos de lesa humanidad, las baldosas son, de alguna manera, también producto de algo de ese testimonio, de un “algo” que rebasa lo judicial. Lo personal es político y es personal. Hay dimensiones de la justicia que rebasan al Poder Judicial. Las baldosas expresan este resto. La justicia declara y ordena, pero no restituye.

Para aclarar este punto debemos puntuar una historia que ilumina las consecuencias de largo plazo del terrorismo de estado de la última dictadura miliar. Su aspecto central ha sido puesto de manifiesto por la lucha de las organizaciones de derechos humanos en su búsqueda de justicia. Algunos hechos judiciales, legislativos, y políticos marcan distintos momentos de esa historia. Las décadas de la postdictadura produjeron una serie de hitos que podemos caracterizar como productos de compromiso entre distintas fuerzas sociales entre las cuales contamos la influencia del trabajo permanente de las organizaciones de derechos humanos: el juicio a las juntas, el informe de la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas), las leyes llamadas de obediencia debida y punto final, los juicios de la verdad.

Varias décadas de luchas y denuncias, pidiendo, demandando, y exigiendo al estado la administración de justicia podrían hacer pensar que los juicios eran no sólo el reclamo fundamental en derechos humanos, sino incluso el único. En 2005, las leyes de impunidad son anuladas y recomienzan los juicios por delitos de lesa humanidad en el marco del terrorismo de estado y para 2015, distintos tribunales llevan dictadas más de 500

condenas en todo el país. Habida cuenta de que el estado tomó, ahora sí, investigación y juicio a su cargo, podríamos suponerle el monopolio sobre las funciones sociales de la justicia. Sin embargo, y al mismo tiempo de este viraje en la política estatal de derechos humanos, aparece en 2006 la práctica de la instalación de las baldosas de la memoria. Más sintéticamente: a pesar de que el Poder Judicial de la Nación se ha expedido en numerosos casos, sentando así bases sólidas y de una legitimidad importante, las baldosas nos advierten, desde abajo, que algo escapa a ese proceso. Para entender este mensaje debemos leer atentamente su texto.

Fig. 2 Baldosa Serrano, Rivadavia 2970



### **Aquí vivió**

Frente a la comercial Plaza Once, importante nodo ferroviario de la Ciudad de Buenos Aires, una baldosa dice: Aquí vivió y fue secuestrada María del Carmen Serrano militante popular detenida desaparecida por el terrorismo de estado

21-06-1977

Barrios x Memoria y Justicia

A partir de esta baldosa podemos interrogar ciertas hipótesis, la primera de ellas respecto de la justicia. Vamos a proponer que la baldosa marca un espacio, señala un lugar, y así completa la sanción legal porque la

acerca a lo cotidiano y la concretiza en un espacio. Este es un aspecto que la justicia estatal no puede cubrir. Un juicio podría encontrar a los secuestradores, los torturadores, y los asesinos, podría incluso determinar quiénes dieron las órdenes y quiénes las ejecutaron y quizás hasta cuándo y cómo sucedieron esos hechos. Y aún así algo quedaría fuera.

No es que un determinado juicio sea incompleto, ya que afirmando eso, dejaríamos planteado que algún juicio posible, alguna vez, podría completar la justicia. Pero la baldosa no hace un reclamo de justicia, no dice, como otras manifestaciones callejeras o afiches o incluso algunas solicitadas en diarios “esperamos” o “demandamos” justicia, ni hace referencias a “impunidad” (Benegas Loyo, D’Alessio y Colosimo 2014). No parece que estas baldosas demanden algo al poder judicial. Antes bien su intervención en la justicia es de otra índole. La afirmación de que algo del orden de la justicia está teniendo lugar en esta baldosa es de otra índole, para lo cual debemos ir más despacio.

Con su afirmación “aquí vivió”, la baldosa establece a una persona como existente, al nombrarla la establece, da cuenta de su paso. Y hace mucho más que eso, pues hace, y en público, una afirmación sobre su ausencia, dice por qué esa persona no está caminando las calles como nosotros. Aquí nos preguntaríamos a qué se debe esa necesidad de nombrar en público a una persona como existente. O más específicamente, ¿por qué necesitarían los caminantes conocer a sus vecinos que no están? Después de todo, la gran mayoría de las personas que han vivido o transitado este barrio de Once ya no están. Las especifica la desaparición, la forma distintiva del terrorismo de estado argentino. Algo del fenómeno de la desaparición impulsa a este grupo a tomarse el trabajo por una década de trabajar en centenares de baldosas. Esto señala nuestro siguiente punto.

Estas baldosas evidencian aspectos de la complejidad del fenómeno de la desaparición de personas. El fenómeno de los detenidos desaparecidos a manos del terrorismo de estado tiene consecuencias que van más allá de lo que puede ser un asesinato político. Estas dimensiones caen fuera del proceso judicial estatal. Si bien los procesos judiciales en cierta forma “hacen aparecer” a los desaparecidos, pues establecen datos, fechas, hechos, responsables, las baldosas *los traen al barrio*. Esto indica un movimiento hacia hacer concreta, real, a la persona desaparecida. La baldosa, y quizás dentro de ella, su nombre, representa a una persona, y la hace ocupar un lugar, específicamente un lugar en la calle, en la ciudad. Las baldosas dan a los detenidos desaparecidos por el terrorismo estatal un lugar en la ciudad: los registran e inscriben y los hacen parte de la ciudad que habitamos.

Si este esfuerzo es necesario, si es necesario contar esa historia e inscribir esos nombres en las calles, es porque aún a treinta años de democracia, la presencia de los desaparecidos en nuestras vidas tiene un estatus complejo: existen sin lugar. Esta práctica apunta a una dimensión de la desaparición que queda irresuelta, más allá de los hechos. Es decir, si esta práctica insiste tenemos que suponer que apunta en una cierta dirección, realiza, es decir, produce algo como real. Y ese algo está en relación con una insistencia. A esa insistencia la relacionamos con el estatus ambiguo y problemático de los desaparecidos en la cotidianeidad contemporánea de nuestra sociedad. Y ese algo que las baldosas realizan se produce, a pesar, más allá, y justamente al momento en que recomienzan los juicios por delitos de lesa humanidad. Ese algo entonces es un resto que queda fuera de la sanción judicial. Ese “algo” que las baldosas realizan es justamente un aspecto que no es abarcado por la instrucción y sanción judicial, que la excede. Quizás una presencia.

Las baldosas hacen aparecer a los desaparecidos. Pareciera ser que la justicia estatal puede restablecer a los detenidos desaparecidos en los registros, pero no alcanza para restablecer su presencia. Esta ausencia, sentida en el barrio, en la calle, reclama acciones que los inscriban. Y algunos vecinos creen en esta labor, creen, en actos, que todos estamos enlazados con esas ausencias. Entonces esa ausencia tiene una entidad que insiste, ya que el motor de este trabajo está en ella.

La desaparición de una persona no sólo afecta a ella misma, ni tan siquiera a su presencia física, sino que tensa y desgarran un sector de la compleja trama de relaciones sociales que conectándonos unos con otros, nos sostienen siendo parte de algo mayor. Algunas organizaciones de la postdictadura se plantearon como un objetivo explícito, la “reconstrucción del tejido social.” Las baldosas a primera vista sólo agregan un ladrillo de la construcción de la ciudad; sin embargo, el proceso de Barrios en su construcción e instalación constituye una intervención social, directamente dirigida a tensar esos hilos de las redes de afecto y solidaridad. En los eventos de la colocación de baldosas, muchos familiares y amigos, miembros de organizaciones y vecinos relatan recuerdos de esta persona en particular, de sus relaciones, de sus interacciones y sentimientos.

De hecho, algunos de estos eventos son muy emotivos. Como en funerales o cumpleaños, como en homenajes o casamientos, diferentes sectores sociales, familias, agrupaciones y partidos asisten para exponer en público la naturaleza de sus relaciones con las personas homenajeadas. Quizás como en esos eventos, el encuentro implica recitar las credenciales de las relaciones de cada uno con la persona en cuestión, y de esta manera, en forma transitiva se actualiza en efecto la naturaleza de las relaciones mutuas. Si yo fui amigo y usted es sobrino, entonces usted y yo tenemos una relación, soy el amigo de su tío. Esa relación está mediada por la ausencia, pero los lazos de afecto que nos unen a ambos a la persona en cuestión pueden quizás unirnos mutuamente también. Tal vez como en muchos de estos rituales, este recitado acontece exactamente en el momento en que estas relaciones cambian y se transforman en otra cosa.

En este rito se encuentran distintas personas, en el dolor y en la militancia, en la alegría y el compromiso, y en este proceso, a veces afectivamente muy difícil para algunos, también se encuentran entre sí. Se encuentran familias de quienes no se tenían noticias, hijos encuentran compañeros de sus padres. También se intercambian historias, los vecinos cuentan anécdotas y se teje una serie de relaciones alrededor de la baldosa, de la calle, o de la casa, donde el afecto se transforma. Del dolor compartido a veces germina orgullo, y de la añoranza en común a veces nacen amistades y algunas se reestablecen. Este trabajo afectivo del proceso colectivo de diseñar, construir, y colocar una baldosa entre todos, es una intervención afectivo política, que anuda lazos rotos, que tiende puentes de solidaridad acercando gente que había quedado en orillas opuestas del acantilado de la tragedia.

A tres décadas de institucionalización democrática, los desaparecidos nos faltan a todos, pero no a todos de la misma forma. El trabajo minucioso y perseverante de la construcción de estas baldosas señala aquellos puntos de dolor en el tejido social, pero no en general. Las baldosas singularizan, identifican, localizan. Esto sucede en este preciso lugar, a esta precisa persona. El terrorismo de estado, esa suma de dos palabras grandilocuentes, supera con mucho cualquier individualidad. Nos excede. El trabajo de las baldosas es puntual. Es un trabajo punto a punto, es una labor minuciosa, que ayuda a unir los bordes de la herida social del genocidio. La consistencia de este proceso son esas charlas, esas discusiones, e incluso peleas y lágrimas. Son las familias que se han reencontrado al descubrirse compartiendo sentimientos. Estas identificaciones, es decir, el sentimiento de que “a ellos les pasa lo mismo que a mí”, son la base para la reconstrucción de los lazos de solidaridad. Las baldosas nos indican un trabajo que todavía está pendiente, pues a pesar de todo lo que han hecho organizaciones, clubes y partidos políticos, iglesias y agrupaciones barriales, la reconstrucción del tejido social sigue siendo, a treinta años de democracia, una tarea inconclusa. Es tarea para el futuro, y este es nuestro próximo punto.

Algo en la instalación de las baldosas recuerda a empresas con dirección a un después, a la posteridad. A diferencia de otras manifestaciones callejeras en cierta forma pasajeras y efímeras, las construcciones están hechas para durar (Benegas Loyo 2013). Hay una intencionalidad en la instalación de las baldosas que se observa en varios aspectos. Las baldosas explícitamente son colocadas fuera de los lugares de alto tránsito, no están en el medio de la vereda. Estas baldosas no obstaculizan el tránsito. No se imponen a la vista. De hecho, ni siquiera compiten con el espacio de inscripción vertical, aquel utilizado por la publicidad comercial. Tal vez estas características se deban a una estrategia de ocultamiento y de preservación. Estas baldosas de



concreto están hechas para durar, ya que son un mensaje para la posteridad. Como un testigo para el tiempo, la baldosa debe permanecer, sobreviviendo a sus creadores, es un mensaje para los que vienen después.

La democracia es una tarea que no terminaremos de completar en nuestras vidas, y las baldosas atestiguan que hubo gente que vivió, por eso las baldosas nos dicen “aquí vivió”. Pero también nos dicen que esa gente trabajó y fue asesinada por su trabajo y su compromiso con la gente, de allí lo de “militantes populares”, un apelativo genérico que nombra diversas militancias, desde religiosas hasta partidarias, gremiales, armadas, o estudiantiles. A su propia manera, las baldosas nos interpelan, nos invitan a continuar algo, un “algo” muy difuso, una utopía muy general, que refiere a un compromiso con la gente y con recordar, como herencia del pasado, que vivieron aquí.

A treinta años de la reinstauración institucional, la democracia sigue siendo un proyecto inconcluso. La práctica política de agrupaciones barriales como Barrios x Memoria y Justicia nos indica algunos puntos pendientes. Las baldosas de la memoria señalan que la justicia estatal no alcanza a reinstalar a las víctimas del terrorismo de estado en sociedad, que otras acciones hacen falta más allá de lo que hasta ahora han hecho los tribunales. Quizás es una tarea que va más allá de aquello a lo que pudieran dar respuesta las cortes estatales. Este más allá señala un exceso en el daño que produce la desaparición como método elegido por el terrorismo de estado. La desaparición de personas va más allá del asesinato, pues impone una ausencia presente que no se deja nombrar. Hacer aparecer a los desaparecidos se evidencia como una tarea ardua a la vez que necesaria.

Este esfuerzo constante por hacer aparecer a los ausentes opera sobre las relaciones sociales dañadas por el terrorismo de estado. El proceso del armado y colocación de las baldosas, tal como lo pone en práctica la gente de Barrios por Memoria y Justicia, apunta a enlazar diferentes personas, organizaciones, familias, en un trabajo común; crea lazos y provee eventos donde gente separada por el genocidio vuelve a juntarse y compartir. A partir de allí otras relaciones se volverán quizás posibles. También indican las baldosas, en su concreta persistencia, una tarea para las generaciones futuras: el mandato de recordar, pero un recordar particular. Se trata de un mandato ético que instaura a los desaparecidos como parte de una historia de la ciudad, una parte del cotidiano. Las baldosas de la memoria son también una presencia que desde abajo, en el suelo de las veredas, nos mira pasar, y nos pregunta, quizás, a dónde vamos.

## Bibliografía:

- Barrios x Memoria y Justicia. (2010), *Baldosas x la memoria II*. Buenos Aires: Instituto Espacio Memoria.
- Barrios x Memoria y Justicia. (2011), *Baldosas x la memoria*. Buenos Aires: Instituto Espacio Memoria.
- Barrios x Memoria y Justicia. (2014), *Baldosas x la memoria III*. Buenos Aires: Instituto Espacio Memoria.
- Benegas Loyo, D. (2013), “Trabajar el barrio: el escrache como intervención cultural”, *Acta Sociológica* 60: 79-101.
- Benegas Loyo. (2014), “Escribir tu nombre, o el cuidado de un otro ausente”, en *El cuidado del otro*, editado por Dorando J. Michelini, Jutta H. Wester y Marcelo Bonyuan, pp. 35-38. Río Cuarto: Ediciones Del Icala.
- Benegas Loyo, D., D’Alessio, A. y Colosimo, A. (2014), “‘Hoy cumplirías años’: recordatorios en los diarios, tácticas de afecto y memoria en la esfera pública postdictadura”, *Athenea Digital* 14(2): 147-169.
- Dabitch, C. (2014), *Être là: avec Amnesty International*, dibujado por Jorge González, París: Futuropolis.
- Gorini, U. (2008), *La otra lucha: historia de las Madres de Plaza de Mayo, Tomo II (1983-1986)*. Buenos Aires: Norma.

Guarini, C., dir. (2013), *Calles de la memoria*, documental, 65 min. Buenos Aires: Cine Ojo.

La Nación. (2012), “Hebe: Poner una baldosa con el nombre de un desaparecido es nefasto”, 2 agosto.

Vezzetti, H. (2002), *Pasado y presente: guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.